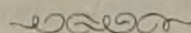


EL ECO URUGUAYO

PERIODICO POLITICO, LITERARIO, CRITICO Y NOTICIOSO.

DIRECTOR:—D. HERACLIO C. FAJARDO.

ESTUDIOS ECONÓMICOS



Desde las altas rejiones gubernativas hasta la tertulia particular, desde la prensa sensata hasta la que no lo es, por todas partes se repite que es necesario hacer algo de muy eficaz para sacar á la República del paso que lleva en el camino de su progreso; pero ni de aquellas rejiones, ni por el órgano de la prensa se inicia el modo de conseguirlo, incurriendo en el error de pedirlo y esperarlo todo de los representantes del pueblo.

Pero la direccion de los negocios públicos está confiada por la Constitución á otro poder que no es el Legislativo, y este no puede, sin invadir atribuciones, hacer otra cosa que dictar leyes.

Y como no es en las leyes que está el mal sino en el singular modo de interpretarlas, ó en la facilidad con que un señor ministro las desobedece, como por ejemplo, la de consolidacion de la deuda, es preciso reconocer que para encontrar los medios de salir del estado de estagnacion y miseria, debemos ocuparnos del sistema administrativo, bajo el punto de vista económico.

La memoria del Departamento de Hacienda, presentada al Cuerpo Legislativo, nos revela que S. E. pertenece á la escuela proteccionista.

Lejos de esperar que se adopte un plan financiero basado en las exijencias de la época, y en las palpitantes necesidades del país, nos ofrece la continuacion del sistema rutinario, tan conocido por sus ruinosos resultados, de modo que continuará la languidez de nuestro comercio y la pobreza de todas las clases de esta sociedad, mas ó menos ligada con la suerte del Erario Nacional.

La escuela á que se inclina S. E. el Sr. ministro de Hacienda está condenada ya por los mas eminentes estadistas del mundo.

La Inglaterra que, sin disputa, es la mas adelantada en este ramo de la ciencia, y la que debe servirnos de modelo, si queremos mejorar nuestra legislación Aduanera, ha adoptado el principio del libre cambio

no solamente en materia de subsistencias, sino tambien en todo género de producciones, desde que Sir Robert Peel tuvo la suerte de hacer aceptar á los Representantes del pueblo británico su gran carta de franquicias comerciales.

Si los principios de Smith y de Say constituyen hoy la política comercial de los pueblos mas comerciantes de la tierra, ¿con cuanta mas razon deben aplicarse en un país que por su situacion geográfica, por la bondad de sus puertos, por la escasez de sus poblaciones, por la estension relativa de sus costas, está llamado necesariamente á ser el primero en sud-américa que establezca la libertad de comercio en una escala que ninguna otra Nacion pueda imitar con igual suceso?

Es un hecho averiguado é incontestable que la mayor parte de las mercaderías que se introducen en la República, proceden de contrabando. La accion de la autoridad, no obstante la enorme suma que invierte en guarda costas y empleados de Aduanas, es completamente ineficaz.

En un país que cuenta ciento treinta mil habitantes es muy difícil guardar un litoral tan accesible como es el de la República desde Castillos Grandes hasta el Salto.

Nadie ignora que en la misma bahia de Montevideo, por la playa, por la falda del Cerro, por el Buceo, se introducen contrabandos de consideracion.

Si á esas facilidades se agrega el aliciente del contrabandista que está en relacion con el aumento de los derechos, pues á tanto mas alto precio puede vender cuanto mayor sea el derecho que defrauda, ha de reconocer el mas miope que no es el sistema restrictivo el que nos conviene adoptar.

Muchos años han de pasar antes que la acumulacion de artesanos, y el establecimiento de fábricas abarate los artículos de primera necesidad á tal punto que un par de zapatos, una levita, una camisa, un sofá, un sombrero, una perfumeria cualquiera pueda fabricarse en el país al precio que alcanza cualquiera de esos ar-

táculos, apesar de sus crecidos derechos, por la sencillísima razón que el país ofrece á esos industriales otros medios de adquirir fortuna con mas rapidez dedicándose á trabajos muy diversos.

Falta, pues, la base en que se apoyan los economistas que todavía en Europa sostienen el sistema protectionista, recargando los derechos á los efectos manufacturados que se introducen en sus respectivos países de países estraños.

Allí se comprende que el administrador público procure asegurar el alimento diario que ganan los industriales con su jornal;—allí se explica el temor de que las fábricas se arruinen si el círculo de la competencia se extendiese mas allá de los límites de cada nación; pero nosotros que no tenemos fábricas, que no tenemos población que se muera por falta de jornal; pero entre nosotros que nuestros labradores suelen perder una parte de su cosecha por no tener quienes les ayude á recojerla; nosotros que todavía no hemos conseguido el restablecimiento de los antiguos saladeros á causa de los crecidos jornales por falta de brazos; nosotros en fin que no tenemos aristocracia dueña del suelo que exija subidos arrendamientos á los labradores, nosotros no podemos adoptar otro sistema que el de la libertad mas ilimitada.

El Bachiller.

RASGOS CRITICOS.

Epílogo.

VERITAS—N^o 2.

Noblesse oblige.

Se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza, y si malo, no faltará quien le alabe.

Item, que á todo poeta, á quien sus versos le hubieren dado á entender que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose á aquel refrán: ruin sea el que por ruin se tiene.

MIGUEL DE CERVANTES.—«La adjunta al Parnaso»

¿Quién no ha leído el Retrato físico-moral que me hizo el anónimo Veritas N^o 2?

Al principio mi intencion era contestarle por separado, pero en conformidad con su deseo he creído mejor darle un lugar en mis Rasgos Criticos, para que mis numerosos lectores—puedo sin orgullo ninguno decir numerosos, gracias á la susceptibilidad del venerable vate,—sepan lo que pienso de mi retratista, quien bajo una fisonomía modesta, tras una sonrisa algo triste, en un cuerpo jóven y delgado, oculta una natu-

raleza selecta—un poeta: si, un poeta, un verdadero poeta.

Cuando niño, lei un libro intitulado *las Flores Animadas*; su lectura me impresionó de tal manera que aun ahora recuerdo una de las fantasías del autor; voy á tratar de rememorarla enteramente, porque de este modo haré conocer mejor á mi héroe.

Adelante, pues.

Era un día de fiesta, en un lugarejo de mala muerte. Poco ántes de ponerse el sol.

Todas las muchachas salían de sus casas, vestidas con el traje dominguero; todas habían sacado el fondo del cofre.

Quienes iban á bailar; quienes á pasear, pero todas querían reír, saltar, divertirse y parecer bellas.

Una sola quedaba en su cuartito: era la jóven Dolores.

—Vén con nosotras, Dolores gritábanle sus compañeras; el aire está embalsamado de agradables aromas, el tiempo no puede ser mas hermoso. Vén á bailar, vén á pasear; vén.

Dolores huía los placeres; ¿porqué? Poco me importa el saberlo.

Dolores trabajaba, y al mismo tiempo entonaba con una gracia virginal su canción favorita:

«Quisiera ser pequeña flor.

«Si fuese pequeña flor,

«Escogería un lugar retirado entre los musgos,

«A orillas del agua.

«Y escondida entre el pasto de los prados y dehesas

«Pasaría mi vida mirando el cielo.»

El eco traía el sonido de la compesina orquesta; oíanse distintamente los gritos alegres de las jóvenes que bailaban con sus amantes, olvidando quizá, los mas de ellos, las miserias que les esperaban el día de mañana.

Y Dolores no se movía.

Continuaba trabajando.

En los alrededores moraba una hada, y esta hada al ver tanta virtud, tanto candor, no pudo resistir al fantástico capricho de mirar en el fondo del corazón de Dolores; la halló pura como el agua cristalina y limpiada, buena como la naturaleza, su única maestra; bella como la inocencia, perfumada de castidad y de modestia.

Simpatizó con ella y la tomó bajo su protección para preservarla de las tentativas de los malos.

La tocó con su varita.

De súbito, Dolores desapareció bajo un velo de ho-

...as verdes, y allí mismo brotó una flor, símbolo de la modestia.

..

La violeta nace entre espinas y escaramujos; vive oculta, pero el amante de las bellas flores bien sabe descubrirla.

Su precioso aroma se esparce á lo lejos-

Me consta que *Veritas* N.º 2 ha escrito y escribe mucho; sé que todas sus poesías son dignas de la luz pública. ¿Porqué pues no las dá á la prensa?

Por lo que hace al *Eco Uruguayo*, su director se honraria de publicarlas en las columnas de su periódico.

Mas por mi parte comprendo la razon que lleva al nuevo vate á no lanzarse en el torbellino de la publicidad.

Un momento basta para desencantar al mas valiente, al mas lleno de ilusiones, al mas animado de los mejores sentimientos.

Cuantos disgustos, cuantos trabajos, cuantos insultos tienen, que sufrir el que por primera vez espone su nombre á la critica de sus cofrades.

Puedo servirle de ejemplo.

Todos me hacen la guerra, porque me he atrevido á decir la verdad sobre los literatos porque hé perdido la conversion del pecador.

Hé escrito sin pasion, sin odio, sin *arriere pensée*.

No me habia hecho ni bien ni mal, ¿porqué me valdria del escándalo?

El escritor que lleva el odio consigo, que se apasiona y causa escándalo, ¿puede decir la verdad?

No.

¿Ser imparcial?

Nó.

¿Independiente?

Nó, mil veces nó.

..

Bastame haber leído mi *Retrato físico moral* para aseverar que *Veritas* N.º 2 sabe pulsar la lira, para ponerlo en el rango de los mejores jóvenes poetas uruguayos.

Es tan gracioso un poeta de veinte años, dice Augusto Vacquerie, que no es extravagante, que no golpea su frente contra las estrellas, que no ata á su imaginación los caballos del sol!

Siento profundamente no poder citar ninguna de sus composiciones, pero espero que *Veritas* N.º 2 no tardará en dar al público algunos versos, en prueba de que no me hé equivocado al llamarlo un verdadero poeta, un poeta fino, delicado y sentimental.

Hé dicho.

J. P. PINTOS.—Muy bien, pero tanto ha dicho V. que por último nada comprendí de su elocuencia. Por lo que veo nos deja V. en ayunas.

¿Quién es pues ese fulano *Veritas* N.º 2?

J. A. TAVOLARA.—Creo de mi deber no divulgar su nombre, pero si se me obliga

J. P. PINTOS.—Por lo que me toca, deseo que se divulgue.

Todos.—Sí, sí,

J. P. PINTOS.—Señor Secretario, tome Vd. nota de lo que pasa.

J. J. BARBOSA.—No desmaye Vd.

C. STENIO.—¿Eh bien! ¿quién es? Deseo conocerlo para darle las gracias por lo que ha dicho de mis versos.—¿Quién es, apreciable colega?

J. A. TAVOLARA.—*Veritas* N.º 2. Señores, es un sobrino del mejor de nuestros poetas.

C. CARVALLO.—¿Del Sr. de Figueroa?

J. A. TAVOLARA.—*Veritas* N.º 2, es sobrino del ilustre Adolfo Berro.

J. P. PINTOS.—¿Tate!

J. A. TAVOLARA *Veritas* N.º 2, se llama.... Aurelio Berro.

J. A. Tavolara.

MUGERES DE TEATRO

V

Rosario Segura

Esa cara artistica es todo una ficcion; Rosario Segura vive de una vida doble: ¿quien lo negaria al verla en el proscenio, viejita matrona, tal vez campesina, llena de arrugas y con un andar pesado; fuera de la escena, muchacha delgada, muy viva, muy risueña.

Así como ella misma lo refiere, Rosario ha seguido desde su niñez el atractivo singular que la llevaba al desempeño de esa útil é ingrata especialidad artistica, y se ha revestido de esa naturaleza ficticia con una sencillez y una exactitud que lleva al extremo.

En todo pais del mundo, la jóven vieja tendrá que ser apreciada, principalmente por los que no miran el exterior ni el traje de un rol sino la estética y su importancia relativa.

En el contraste que ofrece Rosario Segura, un poeta no podrá ménos que encontrar una fuente de ideas encantadoras; así sucedió con el Sr. de Figueroa, que ha consagrado á esta actriz una de sus mas originales y picantes composiciones.

No tenemos ni el ingenio del noble y anciano Vate para describir como él los fenómenos mas interesantes, ni sus espejuelos para penetrar hasta los frescos atractivos que se disfrazan bajo la careta de la vejez; por consiguiente remitiremos nuestros lectores á los versos del Sr. de Figueroa para completar estos pequeños rasgos sobre la Rosario Segura.

C. Stenio.

El día siguiente

¡Oh, cuando se sueña! desnuda el alma de las vanidades y de los resabios del mundo social, ¡cómo se entrega á expansiones vehementes y deliciosas! ¡cómo es doloroso que olvidemos al otro día todas las figuras, todas las afecciones, todo el hechizo de ese mundo ideal, de cuyo prestigio sentimos algo aun, cuando, despiertos ya, cruza por nuestra imaginación una vaga reminiscencia!

¡Si se pudiera realizar en la vida, en el porvenir, las fantasías de esos momentos! ¡Si los seres cuyas imágenes cobran vida entonces en nuestra idea, circuidas de una aureola de inspiración, llenas de belleza y juventud, sea bajo la forma de una artista ó de una virgen del hogar; imágenes que casi siempre tienen la misma forma, el mismo nombre, las mismas miradas, el mismo acento de tipos que existen en la esfera social; si esos seres, decimos, hubieran por coincidencia soñado también, y unos y otros nos encontráramos en el pasaje de la vida y nos amáramos como nos amamos dormidos, con esa intensidad, con esa abnegación sublime, con esa ansiedad febril, mezcla de delicia y celos!...

... Y al día siguiente, lejos ya de esa embriagadora intimidad en que han estado con nosotros, vuelven ellos á recobrar su gravedad, su indiferencia y, á veces, hasta su condición de extraños.

¡Sueños! ¡ilusiones de felicidad! la vida real no puede encerrar tus celestiales goces—¡Ah! ¡si al menos fuese esto un presentimiento, una revelación de otra existencia!...

Pero, siquiera en algunas horas, ¿porqué no hemos de disfrutar aquí, el goce real de esa felicidad soñada?

C.

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE EL DRAMA

POR

Victor Hugo

Traducidas para el Eco Uruguayo por C. A. F.

(Continuación—Véase pág. 117)

*¡Al fin!, dirán aquí las gentes que desde algún tiempo nos ven venir, ¡al fin os tenemos! ¡estais preso sobre el hecho! ¡Luego, hacéis de lo feo un tipo de imitación, de lo grotesco un elemento del arte! Pero la gracia... el buen gusto... ¿no sabéis que el arte debe rectificar la naturaleza? ¿que es preciso ennoblecerla; que es preciso escoger? ¡Los antiguos

han puesto en acción alguna vez lo feo y lo grotesco? ¡Han mezclado jamás la comedia á la tragedia? ¡Oh, el ejemplo de los antiguos, señores! Por otra parte Aristóteles, Boileau, La Harpe...—¡Verdaderamente!

Estos argumentos son sólidos, sin duda, y sobre todo de una rara novedad; pero no están sus respuestas en nuestro rol; no establemos sistemas aquí, porque Dios nos libre de ellos; hacemos constar un hecho; somos historiadores y no críticos: que agrade ó no ese hecho, poco importa! él es.—Continuemos pues y tratemos de demostrar, que es de la fecunda unión del tipo grotesco al tipo sublime, que nace el genio moderno, tan complejo, tan variado en sus formas, tan inagotable en sus creaciones, y bien opuesto en esto á la uniforme simplicidad del genio antiguo; demos- tremos que es de esa unión de donde se necesita partir para establecer la diferencia radical y real de las dos literaturas.

Esto no implica decir que la comedia y el grotesco fuesen absolutamente desconocidos de los antiguos; además, la cosa sería imposible; nada viene sin raíz: la segunda época está siempre en germen dentro de la primera. Desde la *Iliada*, Tersito y Vulcano dan la comedia, el uno á los hombres, el otro á los dioses. Hay mucha naturalidad y originalidad en la tragedia griega, para que algunas veces no contenga algo de la comedia. Es así, para no citar siempre sino lo que nuestra memoria nos recuerda, la escena de Menelao con la portera del palacio (Elena acto I); la escena del Frigio (Orestes, acto IV); Los Tritones, los Sátiros, los Ciclopes, son grotescos; las Sirenas, las Furias, las Parcas, las Arpias, son grotescos; Polifemo es un grotesco terrible, Sileno es un grotesco bufón.

Pero se reconoce aquí que esta parte del arte está todavía en la infancia; la epopeya, que en esta época imprime su forma en todo, pesa sobre ella y la sofoca; el grotesco antiguo es tímido, trata siempre de ocultarse; se ve que no está en su terreno, porque no está en su naturaleza; disimula lo mas que puede; los Sátiros, los Tritones, las Sirenas, son apenas deformes; las Parcas, las Arpias, son odiosas por sus atributos mas bien que por sus facciones; las Furias son bellas y se les llama *Euménides*, es decir, *dulces, bienhechoras*; sobre otros grotescos hay un velo de grandeza y divinidad: Polifemo es gigante, Midas rey, Sileno dios.

La comedia, también, pasa casi inapercibida en el gran conjunto épico de la antigüedad. Al lado de los carros olímpicos ¿qué es la carreta de Tespio? Junto á los colosos homéricos, Esquiles, Sófocles, Eurípides ¿qué son Aristófanes y Plauto? Homero los lleva consigo, como Hércules llevaba á los Pigmeos ocultos en su piel de león.

En la imaginación de los modernos, al contrario, el grotesco tiene un rol inmenso, existe en todo: de una parte crea lo deforme y lo horrible; de la otra lo có-

mico y lo bufo. El coloca en torno de la religion mil supersticiones originales, en torno de la poesia mil imaginaciones pintorescas; es él que esparce á manos llenas en el aire, en el agua, en la tierra, en el fuego esos millares de seres intermediarios que hallamos palpitantes en las tradiciones populares de la edad media; él quien hace girar en medio de las sombras el espantoso conciliábulo de brujas, quien da á Satanás los cuernos, los pies de cabra y las alas de murciélago; es él, siempre él, que tan pronto arroja en el infierno cristiano esas horribles figuras que evocará el severo genio de Dante y de Milton, como lo llena de esas formas ridículas entre las cuales se divertirá Gullot, el Miguel Angel burlesco. Si del mundo ideal pasa al mundo real, desarrolla en este inagotables parodias de la humanidad. Son creaciones de su fantasia esos Scaramucces, esos Crispines, esos Arlequines, muequeras siluetas del hombre, tipos completamente desconocidos de la gran antigüedad, y salidos por lo tanto de la clásica Italia; es el grotesco, en fin, que colorando sucesivamente el mismo drama de la imaginacion del medio dia y de la imaginacion del Norte, hace brincar á Sganarello en torno de D. Juan y arrastrarse á Melistofeles en torno de Fausto.

¿Y con qué libertad marcha el grotesco! ¿cómo descubre atrevidamente todas esas formas extravagantes que con tanta timidez la edad precedente habia envuelto entre mantillas! En la obligacion de dar compañeros al cojo Vulcano, la poesia antigua habia tratado de disimular la deformidad de aquellos, estendiéndola en algun modo sobre proporciones colosales. El genio moderno conserva esa fábula de herreros sobrenaturales, pero le imprime bruscamente un carácter completamente opuesto, que la hace mas sorprendente: cambia los gigantes en enanos; de los Cíclopes hace Gnomos. Es con la misma originalidad que la Hidra, algo banal, de Lerna, substituye á todos esos dragones locales de nuestras leyendas; la Gárgola de Ruan, el Gra-Ouilli de Metz, la Carne-Salada de Troyes, la Drée de Montlhery, la Tarasca de Tarascon, monstruos de formas tan variadas y cuyos nombres extravagantes son un carácter mas. Todas esas creaciones toman de su propia naturaleza ese acento enérgico y profundo ante el cual parece que la antigüedad haya retrocedido algunas veces. Ciertamente, las Euménides griegas son mucho menos horribles, y por consiguiente mucho menos verdaderas, que las brujas de *Macbeth*: Pluton no es el diablo.

A nuestro modo de ver podria hacerse un libro bien nuevo sobre el empleo del grotesco en las artes. Se podria mostrar qué poderosos efectos han sacado los modernos de este tipo fecundo, sobre el cual una critica mezquina se encarniza aun en nuestros dias: inmediatamente tal vez, seremos conducidos por nuestro sujeto á señalar de paso algunos rasgos de ese

vasto cuadro. Diremos solamente aqui, que, como objetivo junto al sublime, como medio de contraste, segun nosotros, el grotesco es la mas rica fuente que la naturaleza puede abrir al arte. Rubens lo comprendia así sin duda, cuando se complacia en mezclar á las pompas reales, á los coronamientos, á brillantes ceremonias, alguna deforme figura de enano de corte. Esa belleza universal, que la antigüedad esparcía solemnemente sobre todo, no estaba exenta de monotonia: la misma impresion, repetida siempre, puede fatigar al fin; lo sublime sobre lo sublime dificilmente produce un contraste, y hay necesidad de descansar de todo, aun de lo bello. Parece al contrario que el grotesco sea un tiempo de detencion, un término de comparacion, un punto de partida desde donde se asciende hacia lo bello con una percepcion mas fresca y mas excitada: la salamandra hace resaltar la ondina; el gnomio embellece la sílfida.

Seria exacto tambien, decir que el contacto del deforme ha dado al sublime moderno alguna cosa de mas puro, de mas grande, de mas sublime, en fin, que el bello antiguo; y así debe ser. Cuando el arte es consecuente consigo mismo, lleva cada cosa á su fin con mas seguridad. Si el Eliseo homérico está bien lejos de ese hechizo etéreo, de esa angelica suavidad del paraíso de Milton, es que, bajo el Eden, hay un horrible infierno bien distinto del Tártaro pagano. ¿Créese que Francisca de Rimini y Beatriz serian hechiceras, si el poeta no nos encerrara en la torre del Hambre y no nos forzara á partir la repugnante comida de Ugolino? Dante no tendria tanta gracia sino tuviese tanta energia. ¿Las náyades carnosas, los robustos tritones, los céfiros libertinos, tienen la fluidez diáfana de nuestras ondinas y de nuestras sílfidas? ¿No es que la imaginacion moderna sabe hacer errar en nuestros cementerios los vampiros y los ogros, y que puede dar á sus hadas esta forma incorpórea, esta pureza de esencia á la cual se aproximan tan poco las ninfas paganas? La Venus antigua es bella, admirable sin duda; pero ¿qué es lo que ha esparcido sobre las figuras de Juan Gonjon esa elegancia esbelta, estraña, aérea? ¿qué es lo que les ha dado ese carácter desconocido de vida y de grandiosidad, sino la proximidad de las esculturas rudas y valientes de la edad media?

SUPRIMIENTOS DE UNA MADRE

Por Enrique Conscience.

Traducida para el Eco Uruguayo por J. A. T.

(Conclusion.—Véase pag. 102.)

Este, viendo á su mujer vuelta á la vida, felicidad que no se atrevia mas á esperar, se apresuró á poner la botella sobre la mesa, se arrojó hacia su mujer derramando un torrente de lágrimas, y la abrazó repeti-

das veces como perdido, fuera de sí; la tenía estrechada en sus brazos como si temiese perderla todavía, y exclamó con entusiasmo:

—Buena Teresa, vives aún, amada mujer!.... ¡Entonces, todo se olvida! Tengo dinero, ahora comeremos. ¡Dios sea alabado! En mi desgracia, soy aun muy feliz..... ¡Sí, querida Teresa, pues no creía por cierto volverte á ver mas en este mundo!

Ana se acercó con una tasa de vino, que presentó á los labios de la mujer estenuada. Mientras bebía el licor fortificante, su marido echaba miradas pasmadas sobre Ana y sobre su compañera, que estaba cerca del hogar con el chico Juan, cuyas manos calentaba delante del fuego, diciendo:

—Calientáte bien, chiquillo, y come pronto tu ranada; te daré otra todavía.

El obrero parecía salir de un sueño; hubiérase dicho que principiaba solamente á notar la presencia de las dos damas.

—Señoritas, tartamudeó, quieran Vds. dispensarme; no las he dado las gracias todavía de la ayuda que han prestado á mi pobre mujer. ¡Son Vds. demasiado buenas para entrar en una casa de pobres, y les agradezco mas de mil veces!

—Sabemos, respondió Ana alzando la voz, cuanto han sufrido Vds. de frio y de hambre, y qué pena les costaría el deber ir á mendigar. Sabemos que Vd. prefiere ganar su vida con el sudor de su frente, como todo obrero decidido. Tales sentimientos merecen una recompensa. ¡Vds. no sufrirán mas de necesidad!

Puso un puñado de plata sobre la mesa, y continuó:

—Aquí hay plata; á su puerta hay pan, papas y leña; todo para Vds. En cuanto á su carro, no está vendido; empléelo en ganar su pan cotidiano. Vivan siempre en la virtud; no mendiguen; pero si el hambre y el frio viniesen aun á cojerlos, aquí tienen las señas de mi casa, seré siempre su protectora y su amiga.

Mientras Ana hablaba, no se oía un hálito en el cuarto, tan grande era el silencio que allí reinaba; pero las lágrimas corrían en abundancia de los ojos del obrero y de su mujer. El hombre no podía mas pronunciar una palabra; miraba á las dos jóvenes con estupefacción. Cuando Ana hubo acabado de hablar, la madre, temblando de emoción, se dejó caer de rodillas, y, arrastrándose hasta su bienhechora, le tomó vivamente la mano y exclamó bañándola en lágrimas:

—¡Oh señoritas caritativas, tendrán Vds. una muerte santa! ¡Dios las recompensará de haber venido á nuestra casa como ángeles tutelares, y de habernos arrancado de la muerte!

—¿Está V. ahora satisfecha? preguntó Ana.—Oh! sí, señoritas: ahora somos felices. Mire V. á nuestro Juan que baila cerca del fuego, ¡pobre niño!

¡Y esta inocente criatura, que está ahí en el lecho de la muerte, si pudiese hablar, sería para bendecirla.

A estas palabras, Ana corrió á la niña enferma, y, presumiendo que era la necesidad que la había puesto en ese triste estado, hizo una seña á Adela para salir; esta, que tomaba placer en la alegría del muchacho, lo alzó, lo abrazó y fué á juntarse con su amiga. Ana dijo entonces:

—Estén Vds. tranquilos, amigos míos; en media hora, habrá aquí un médico para la niña, y no dudo, buena madre, que V. la vea aun llegar á moza.

Una verdadera sonrisa de felicidad brilló al mismo tiempo en las facciones del obrero y de su mujer.

Corrieron los dos hácia la puerta; un torrente de bendiciones y de palabras de agradecimiento salió de sus labios, hasta que hubieron cesado de ver á las bienhechoras jóvenes.

Ana y Adela caminaron un trecho sin poder pronunciar una sola palabra. Sus corazones estaban demasiado llenos, sus almas demasiado conmovidas, para poder expresar sus sentimientos con palabras.

—¡Eh bien! Adela, dijo finalmente Ana, ¿halla V. que estas pobres gentes son desaseadas y asquerosas como lo creemos comunmente?

—¡Oh nó! contestó su compañera. ¡Estoy tan feliz de haberla encontrado! Me parece ahora que algo de santo ha elevado mi alma, y experimento un sentimiento que me era desconocido. Ya no tengo miedo de los pobres; ¡no ha visto V. como he tomado á ese chico sobre mis rodillas y como lo abracé! ¡Qué bonito y qué inteligente! ¡Ya lo quiero!

—¡Pobre Juancito! las lágrimas le saltaban á los ojos cuando la vió salir..... Dígame ahora, querida amiga, ¿hay sobre la tierra felicidad mayor que la nuestra?—Esas buenas gentes morían de hambre, levantaban sus manos al cielo é imploraban la ayuda del Señor: hemos ido á ellos como enviados por la misericordia divina; nos han recibido como ángeles que iban á anunciarles que sus ruegos estaban exaudidos; ¡han bendecido y agradecido á Dios en nosotros! Adela; nuestra vida social es tan frecuentemente ligera y frívola..... ¡las dulces lágrimas de esos pobres rescatarán muchas faltas!

—No me diga nada mas, interrumpió Adela vivamente conmovida, lo he comprendido suficientemente. ¡Oh!..... ahora quiero salir todos los dias con V. para visitar á los pobres y participar de sus buenas obras. Hoy, por la primera vez, conozco un placer celestial y una especie de santidad en la tierra..... ¡Caridad santa! ¡desgraciados los ricos que no te conocen! De qué agradable emoción, de qué goce inefable se ven privados!.....

En ese momento torcieron por la esquina de la calle de Hoboken y desaparecieron.

SECCION MOSAICA.

Estudios económicos.

Empezamos hoy, bajo este epígrafe, la publicación de los artículos de que hablamos en nuestro número anterior. Sin embargo de que les damos inserción en la parte editorial, debemos prevenir una vez mas que la dirección de este periódico no es solidaria de nada de lo que en él se publique con nombre, iniciales ó pseudónimo que no le pertenezcan.

Esto no quiere decir que dejemos de apreciar bastante las ideas del *Bachiller* para no recomendarlas á la atención de nuestros lectores. No obstante apreciaríamos también y daríamos gustosos inserción á otras que tendiesen á rectificar errores á que están tal vez sujetas las primeras.—El *Eco Uruguayo* aspira de este modo á merecer dignamente el título que lleva; sus columnas están abiertas desde su aparición á todas las inteligencias, á todas las ideas conformes con su programa: esto es, que tiendan á afianzar el orden y á promover el progreso del país en el sentido mas lato.

—o—

A la luna de Valencia.

Así nos hemos quedado respecto á la ópera. El feo aspecto de la epidemia, por una parte, por otra el cese de los vapores en su tránsito entre las dos capitales del Plata, y por último la proximidad de la apertura del teatro de Colon hizo que el martes emigrara repentinamente, en alas del *Pampero*, la brillante banda de aves líricas que se posara en nuestras playas un momento, haciéndonos abrigar la ilusoria esperanza de oír su canto. Pero ¡ay!... en la misma noche en que nos disponíamos á embriagarnos con el de una de sus mas dulces alondras, ella, surcando con sus alas la quieta linfa del Plata soñaba sin duda con el aura de otro pueblo, y ni un recuerdo consagraba tal vez al que le diere su amor y la tenía, despedido, en su memoria!...

Tamberlick, Sofia Vera Lorini, Annetta Cassaloni, Cima!... Todos nos han abandonado, defraudando la esperanza que habíamos concebido de dar tréguo al pánico que invade nuestra pobre Montevideo con los encantos de la ópera.—¡Se han ido, los ingratos, cuando mas cara nos era su presencia!... No importa: que Buenos Aires les pague en triunfos y alegría las horas de tristeza que nos dejan.

—o—

La Sra. Cassaloni.

Al partir para Buenos Aires, esta excelente cantatriz nos ha suplicado hagamos presente al público Montevideano el sentimiento que la acompañaba por no

haber podido cumplir con la Sra. Jacobson en su beneficio, á consecuencia de la enfermedad que aun la tenía en convalecencia, y de la prescripción que le hiciera el médico de cambiar de aires inmediatamente. También nos hizo presente que en la mañana del día del beneficio había participado estas circunstancias á la Sra. Jacobson á fin de que las hiciera conocer del público, si tal era su voluntad.

Nos apresuramos á cumplir con el deseo de la artista con tanto mas gusto, cuanto que creemos de este modo alejar de ella las erróneas conjeturas que pudiera formarse con motivo de su no aparición la noche del beneficio, habiendo aun anunciado los diarios de la tarde que cantaría esa noche.—Muchos fueron los chasqueados, pero en rigurosa justicia debemos convenir en que la culpa no estuvo por parte de la Sra. Cassaloni.

—o—

Cañoneo.

La epidemia que aflige á nuestra contristada población da margen á bien curiosas ocurrencias que tientan á la risa aun á aquellos á quienes el pánico mas acosa.

Entre esas ocurrencias no podemos menos que poner en primer término la de uno de nuestros colegas de la tarde, que increpa al Ministro de la Guerra su inercia en presencia de las precauciones higiénicas que todo el mundo toma á fin de prevenir la acción de los miasmas epidémicos.—El colega se espresa en estos términos:

—«FUMIGACIONES.—A todo el mundo se le ocurre algo útil para hacer desaparecer la fiebre reinante, menos al Ministro de la Guerra. Por qué no se le ha ocurrido hacer salir por las calles cuatro piezas volantes á hacer disparos de cañón que contribuyan á modificar las condiciones de la atmósfera? No sabe que ese es un recurso como cualquiera otro? Por qué no mandarlas al barrio de la Dársena, durante un día entero, para que se empleen en eso? Hasta sería una diversion; Sr. Ministro.»

¿No es cierto que es peregrina la ocurrencia de nuestro colega?... Seguramente, nos creeríamos dentro los muros de Sebastopol, y no habian oídos capaces de resistir el higiénico cañoneo.—¡Vaya con la diversion capaz de crispas los nervios y hasta de dar fiebre á los que menos la temen!...

—o—

Camila O'Gorman.

Esta noche debe espedirse la Comision nombrada por el Gobierno para dictaminar sobre la reclamación hecha por el Sr. Vicario Apostólico, y que ocasionó la interdicción momentánea de aquel drama.

Hallándose ausente el Dr. Antuña, el Gobierno ha

nombrado para subrogarle al Dr. D. Adolfo Rodríguez quien integrará la Comisión, compuesta además de los Sres. Figueroa y Santurio.

Entendemos que la incumbencia de esta comisión se limita á examinar la obra únicamente bajo el punto de vista moral y religioso, que aparentemente es lo que ha dado margen á su interdicción.

Esperamos el fallo con la tranquilidad que solo dá la conciencia al que tiene arraigados, desde la infancia, principios de moral y religión bastante sólidos para desviarse un solo instante de ellos en ninguna circunstancia de su vida.

— 0 —

La epidemia.

Pues señor, no hay remedio! Es necesario escribir algo sobre la fiebre reinante, so pena de que nadie fije sus ojos cinco minutos en el *Eco* si no halla en él el título fatídico y, sin embargo, buscado con avidez y preferencia en todos los periódicos por todo género y sexo de lectores.

No hay viviente en esta heroica y desgraciada ciudad que no quiera ante todo conocer los progresos de la epidemia, el número de defunciones diarias y hasta el nombre y clase de los *idos*.

El periodista que no satisface esta curiosa curiosidad, esta fiebre-manía de nuestra diezmada población se espone á pecar de insulso y fastidioso, á mas de la pena de no ser leído, de cuyo cumplimiento seguramente no escapa.

Nosotros, que aspiramos ante todo á ser leídos, nos vemos pues en el caso de apurar hasta las heces el negro cáliz del fastidio que nos inspira la chismografía fúnebre.

Por lo demás, ¿quién ¡ay! no piensa en la epidemia, por mas despreocupado que sea, al ver solas nuestras calles, cerradas puertas y ventanas, desierto el teatro é impreso el pánico en el rostro de cuanto prójimo se atreve á cruzar de una acera á la otra?

Dícese que la tal fiebre es una grave matrona aérea, alta y escuálida, solamente perceptible para aquellos á quienes marca con su mano descarnada; que tiene el rostro amarillento y desencajado, verdes y rutilantes los ojos, ígneo y destrenzado el cabello; que sus labios exhalan un hálito de fuego que quema las entrañas de aquellos á quienes dá un beso de muerte; que sus brazos oprimen con la rigidez del hierro; en fin, que es una enamorada insaciable y frenética.

Nosotros, gracias á Dios, no la conocemos personalmente; y aunque somos algo aficionados á las naturalezas febriles, podemos asegurar á nuestras lectoras, que estamos muy lejos de enamorarnos de ella.

(Hacemos esta declaración por lo que pudiera interesarnos.)

Agréguase que su frenesí erótico no le permite distinguir sexo ni edad, y que tan espuestos están á ser víctimas de su amor el viejo como el joven, la niña como la anciana.

Una particularidad la caracteriza: y es, que el miedo, la aprensión, ó la prudencia, como algunos sinóniman el mas profundo pánico, llama su atención y la enamora de un modo particular y preferente.

También se asegura que suele exasperarla la demasiada intrepidez con que algunos desafían su presencia, y que en estos casos su amor propio se resiente á extremos de encapricharse en la conquista de estos.

Por último, afirmase que es enemiga mortal del desaseo y que su escesiva filantropía no le permite convenir en que nadie permanezca donde hay emanaciones fétidas y enfermizas. En estos casos se encarga con mas solicitud que la policía, la junta de higiene y la misma sociedad de beneficencia, se encarga decíamos, de la mas eficaz y rápida mudanza de los que habitan esos lugares mal sanos.

Asegúrase todavía, que como buena gastronoma que es, busca con interés los banquetes y todos aquellos lugares en que se pasa la *bona vita*, y se hace convivir oficiosísima mal grado la voluntad de los circunstantes, que pierden la apetencia al verla entrar.

De todo lo espuesto, sacamos las conclusiones siguientes:

Que el mejor llamamiento de la fúnebre matrona es la que nosotros llamamos aprensión;

Que no se debe sin embargo ser demasiado desdeñoso con ella;

Que el mas escrupuloso aseo debe evitar su visita, para los que la consideren importuna;

Y, finalmente, que la gastronomía es el solaz menos conveniente para los que no quieran tenerla de conviva.

Por lo demás, dícese que detesta toda clase de diversiones lícitas, y que jamás pone el pié en el teatro, la retreta, los bailes y mucho menos en las amenísimas tertulias familiares.

¿Será preciso recomendaros que os entreguéis á estos solaces? .

— 0 —

Condiciones.

EL *Eco* URUGUAYO saldrá á luz dos veces en la semana, el jueves y el domingo, integrando ocho números un mes.

EL PRECIO de la suscripción mensual es de DÍES REALES en Montevideo, y DOCE en los pueblos del interior.

LA RECAUDACION se practicará despues de publicado el segundo número de cada mes, mediante recibos impresos que llevarán al margen un sello particular con estas letras: una H enlazada con una C, y una F.

IMP. DEL SR. ROSETE, CALLE DE BUENOS AIRES N.º 205.